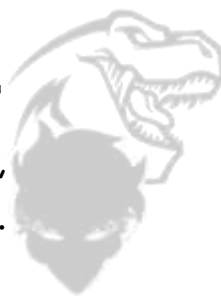


## Capítulo 55 - La comprensión de Mei

'Corriendo. Corriendo. Corriendo.'

Las palabras golpearon la mente de Mei Ling al ritmo de sus pasos desesperados mientras tropezaba a través del portal dimensional, su aura de Formación del Núcleo recientemente mejorada parpadeaba salvajemente alrededor de su forma temblorosa.

La luz dorada que una vez había sido suya —'su' vitalidad, 'su' fuerza vital— aún corría por sus meridianos como fuego líquido, pero se sentía mal, contaminada con el amargo sabor del abandono.



'Lo dejamos. Lo dejamos. Lo dejamos.'

Ella se estrelló de rodillas en el suelo rocoso de la estación de investigación, su falda lápiz estaba rota y ensangrentada por su escape, la tela se adhería a su piel empapada de sudor.

Lin Yue aterrizó a su lado con la gracia de un guerrero a pesar de su propia devastación emocional, mientras que el Anciano Feng se materializó por último, su cultivo de Formación del Alma recién ascendido crepitaba con energía inestable.



¿Por qué lo dejamos? ¿Por qué corrimos?

"¡Mei Ling!" La voz de Lin Yue parecía provenir del fondo del mar, distorsionada y distante. Unas manos fuertes la sujetaron por los hombros, sacudiéndola. "¡Mei! ¡Respira!"

Pero respirar se sentía imposible. Cada inhalación traía consigo el recuerdo de su sacrificio: aquella sonrisa final al haberlo entregado todo para salvarlos, su cuerpo consumiéndose hasta convertirse en polvo mientras mantenía el portal abierto.

La culpa la invadió en oleadas, cada una amenazando con ahogarla por completo.

"Debería haberme quedado. Debería haber muerto con él."

"Se ha ido", susurró, con las palabras arañándole la garganta. "Mi marido... él..."

La palabra "marido" rompió algo dentro de su pecho, y de repente estaba sollozando: sonidos grandes y desgarradores que parecían destrozarla desde adentro.

Porque eso era lo que había sido, ¿no? No solo su amo, no solo el emperador al que había servido durante quince años, sino su esposo en todos los sentidos.





Quince años. Quince años observándolo, amándolo, traicionándolo...

Los recuerdos regresaron en masa, provocados por el trauma y el dolor, llevándola desde ese momento de pérdida devastadora al comienzo de todo.

'Dieciséis años. Hambriento. Tan desesperadamente hambriento'.

Mei Ling no era nada en ese entonces: una huérfana de la calle que se aferraba a la mano de su hermano pequeño Xiao mientras se acurrucaban en un callejón detrás de las cocinas del palacio, esperando encontrar sobras.

Sus padres habían muerto en las guerras fronterizas dos años antes, dejándolos sin nada más que ellos mismos y el dolor persistente de los estómagos vacíos.



Lo había intentado todo: mendigar, robar, incluso ofrecerse a los rudos comerciantes que miraban con lascivia su figura en desarrollo, pero nada había sido suficiente. Se acercaba el invierno, y el invierno significaba la muerte para niños como ellos.

Fue entonces cuando el Emperador los encontró.

Aún recordaba la impresión de verlo de cerca; no la figura distante en las carrozas de desfile o las plataformas ceremoniales, sino el hombre mismo. Alto, poderoso, con ojos que reflejaban bondad y firmeza.

Había estado caminando por las habitaciones de servicio, inspeccionando las condiciones, cuando notó dos pequeñas formas presionadas contra la pared trasera de la cocina.

"¿Cuáles son sus nombres?" preguntó, con voz suave a pesar de la autoridad que transmitía.

"M-Mei Ling, Su Majestad", balbuceó, empujando a Xiao tras ella para protegerlo. "Este es mi hermano Xiao. ¡No somos ladrones, lo juro! Solo estábamos..."

"Hambrientos", terminó, observando sus mejillas hundidas y cuerpos demasiado delgados. Sin decir nada más, le hizo un gesto al cocinero jefe. "Aliméntalos. Luego, búscalos alojamiento en el ala de servicio".

Así, sin más, sus vidas habían cambiado. No por gran benevolencia ni maniobras políticas, sino por simple decencia humana. El Emperador había visto a dos niños hambrientos y los había alimentado.

Para él fue algo tan pequeño, probablemente olvidado en cuestión de días, pero para Mei Ling había sido todo.

'Él nos salvó. Nos dio vida cuando no teníamos nada.'





Se había lanzado al servicio con desesperada gratitud, trabajando el doble que los demás sirvientes, aprendiendo a leer y escribir en momentos robados, cultivando en secreto usando técnicas extraídas de manuales desechados.

A los dieciocho años, había ascendido a la categoría de asistente personal, no mediante intrigas o seducción, sino mediante pura competencia y lealtad inquebrantable.

Fue entonces cuando lo vio por primera vez como un hombre y no sólo como su salvador.

«El recuerdo aún arde, incluso ahora.»

Ella estaba llevando sábanas limpias a sus habitaciones privadas cuando escuchó los sonidos: suaves jadeos, el crujido rítmico de los muebles, la voz de una mujer gritando de placer.



Debería haberse ido inmediatamente, debería haber regresado más tarde, pero algo había dejado sus pies clavados en el sitio.

A través de la puerta entreabierta, lo vio con su nueva concubina, la legendaria belleza Lily Qin, cuya apariencia, se decía, volvía locos a los hombres.

Mei Ling había observado, paralizada, cómo el poderoso cuerpo del Emperador se movía sobre la mujer, sus músculos ondulando bajo



la piel cubierta de sudor mientras la penetraba con una intensidad primaria.

—¡Sí, mi Emperador! —gritó Lily, arqueando su cuerpo perfecto bajo él—. ¡Más fuerte! ¡Por favor!

Y él obedeció, con las manos agarrando su cintura mientras la embestía con creciente desesperación, como si tratara de perderse en su carne.

Los sonidos que hacían (carne golpeando contra carne, gemidos sin aliento, el deslizamiento húmedo de los cuerpos uniéndose) habían despertado algo en Mei Ling que nunca antes había sentido.

'Querer. Necesitar. Un dolor desesperado entre las piernas que había intentado ignorar.'

Se quedó allí de pie, como las demás sirvientas, cabizbaja, sosteniendo toallas limpias e intentando fingir que no ardía de celos y deseo. Porque eso era todo lo que era: una sirvienta.

Un mueble para usar cuando fuera necesario e ignorarlo en caso contrario. Cualesquiera que fueran sus fantasías, cualesquiera que fueran los sentimientos que crecían en su corazón, su lugar estaba en los márgenes de su vida, no en su cama.

'No era nada. Menos que nada.'



Pero la hermosa concubina había desaparecido un día, dejando atrás solo rumores susurrantes de traición y prácticas de cultivo oscuras.

El Emperador se enfureció durante días, y su voz resonó por todo el palacio: "¡Usada como conducto! ¡Drenó mi cultivo para impulsar su ascenso! ¡Quince años de progreso, robados!"

Fue entonces cuando comenzó su declive. Sin la base de cultivo robada, la edad había vuelto a aparecer, junto con viejas heridas y el peso acumulado de décadas de dominio.

Las demás esposas y concubinas se fueron alejando poco a poco, en busca de parejas más prometedoras, hasta que solo quedó Mei Ling.

'Todos lo abandonaron. Pero yo me quedé.'

Se decía a sí misma que era gratitud: saldar la deuda que tenía por su generosidad con dos huérfanos hambrientos. Pero en los momentos de tranquilidad, cuando lo ayudaba a vestir su cuerpo cada vez más frágil o le traía comidas que apenas podía digerir, sabía la verdad.

En algún momento del camino, la gratitud se había transformado en algo más profundo y peligroso.



Amar.

'Lo amaba. Incluso cuando estaba débil, incluso cuando estaba roto, lo amaba.'

No había sido su poder ni su posición lo que la atraía; de todos modos, esos se estaban desvaneciendo. Había sido la forma en que aún preguntaba por su hermano, aún recordaba los nombres de los sirvientes, aún se comportaba con dignidad incluso cuando su cuerpo lo traicionaba.

La forma en que él había seguido dándole libros (manuales de cultivo, colecciones de poesía, tratados filosóficos), arrojándoselos con casual indiferencia como si no fueran tesoros invaluables.

"Puede que esto te resulte interesante", decía, sin mirarla nunca a los ojos, sin reconocer que estaba nutriendo su mente y su espíritu junto con su cuerpo.

'Me hizo más que un simple sirviente. Me hizo... yo.'

Durante quince años, ella lo había cuidado mientras su salud se deterioraba, mientras los cortesanos lo abandonaban y mientras su propia familia comenzaba a conspirar contra él.

Ella había estado allí durante lo peor, sujetándole la cabeza cuando tosía sangre, cambiando sábanas empapadas de sudor febril,







JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

fingiendo no notar la forma en que a veces él la miraba con algo que podría haber sido anhelo.

Y entonces el príncipe Wuji acudió a ella con su ultimátum.

"Envenénalo o tu hermano morirá gritando."

